

Hablando abstractamente

Señor director:

Iba a empezar pronunciando un sencillo "buen día", pero leyendo a Joseph Vehtas (BRECHA, 23-IX-94), se me ocurrió parafrasear una actitud más ampli-justifi-explicitadora que, como "parto indoloro", se me ocurrió utilizar, aunque sea en calidad de "aborto", Dios libre con la aprobación del papa. Ruego pues que se tolere lo que digo y el modo con que lo digo.

El aspecto tan aleatorio como detonante es que la palabra día no involucra un absoluto, sino una versión particularizada de hecho, adscripta a un sistema astrológico de referencias no exentas de imposiciones semánticas y parcialmente ideológicas, implicando una antropología subconscientemente vectoriada. Lo verosímil es que el día se concibe como un subproducto del hombre, con su piel, su andar y sus ideas, en una tendencia transgresora siempre latente. Es más bien una metáfora sintomática en relación asimétrica con exteriorizaciones religadas a la periferia endogrupal de una sociedad implícitamente competitiva. El tiempo socializado perpetra —diría algún pariente de Maquiavelo— una disociación donde no subsiste ningún impertérito mañana. Se vive así la eternidad eventual de cada día, de un presente sin futuro, sin murallas chinas ni catedrales autónomas, en un relativismo propio de "la era del vacío" incapaz de socavar ni obnubilar el utopismo social que convierte cada día en una contingencia, en un mecanismo inanimado de la axiología natural que se dispara irresponsablemente como un resorte internalizado. Voluntario mitológicamente o no, el Buen día resulta así inadmisibile, concertación pseudoecológica de un Bien súbito y de una adelgazada universalidad; pero con esa expresión banalizada y contingencial, sólo se consagra una polarización de las conciencias a fin de desobstruir una inmediatez competitiva no opacada, sin por eso desdeñar las consecuencias de ese modo escamoteadas.

Perdóneseme este intento explicativo subpremeditado, perpetrado para cuestionar el abstractismo inherente a las posibilidades humanas, imbuidas de un totalitarismo depurado de exabruptos, prólogo de la decadencia irremediable de la presuntuosa especie humana, inmersa en un antropologismo que las plantas, con su sabia mudez, no se molestan en concebir, muy por encima de verborragias inconducentes, ajenas a la invulnerable perpetuidad de las vigencias auténticas.

Washington Lockhart